

Los crímenes de Hamlet

MALENKA
RAMOS
Los crímenes
de Hamlet

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Malenka Ramos, 2022

Representada por la agencia literaria Sandra Bruna, S. L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18495-54-0

Depósito legal: M. 28.433-2022

Printed in Spain

Y el poeta nos dice que en la noche estrellada
vienes a recoger las flores que cortaste,
y que ha visto en el agua, recostada en sus velos,
a la cándida Ofelia flotar, como un gran lis.

Ofelia, de Arthur Rimbaud (1863-1869)

PRIMERA PARTE

Mi padre siempre dijo que la moral va unida a la farsa como dos grandes amigas que pasean cogidas de la mano. Cuando era muy pequeña no comprendía esa frase, pero con el paso del tiempo entendí, con mucha claridad, qué era lo que quería decir. No puedo dejar de preguntarme si hubiese sido capaz de cambiar. Nadie me explicó que la vida a veces te da una bofetada en la cara con tanta fuerza que te resulta insoportable volver a mirar hacia adelante, caminar, respirar. Yo me encuentro en ese punto: arrodillada en un suelo imaginario, plagado de hojas muertas y escarcha, inclinada hacia adelante con la palma de la mano apoyada en la mejilla, y ese ardor... Y lo veo todo, lo recuerdo todo. No hay nada de ese momento que pueda escaparse de mi cabeza. Perdurará para siempre; me acompañará en mi vida y en mi muerte, como esas dos grandes amigas que pasean cogidas de la mano. Porque te veo a ti, sonriéndome al cruzarte conmigo. Veo tu forma de moverte detrás de mí y te veo otra vez en mitad de toda

aquella oscuridad sobre mi rostro. Puedo sentir tu aliento susurrándome algo en el oído mientras yo solo quiero gritar y llorar.

Tictac, tictac...

Es un reloj de pulsera. Siento su ritmo constante muy cerca de mí. Son ese tipo de cosas que se aferran a los recuerdos, detalles que, en otro momento, pasarían inadvertidos, hasta que te encierran en algún lugar oscuro y solo puedes percibir, sentir, sufrir. Yo he estado en ese lugar. Sigo en él. Con su tictac repiqueteando en mi oído. El olor a humedad alojado en lo más profundo de mi garganta y todo ese dolor...

Quise gritar. Quise defenderme de ti, pero era demasiado delgada, demasiado frágil, con la intención, si cabe, de hacer algo para librarme de tu maldad. Estaba tan asustada...

Tictac, tictac...

Recuerdo el bosque. Recuerdo la forma de los árboles recortándose en la oscuridad. Recuerdo el miedo como jamás lo había experimentado, porque en aquel instante comprendí, por un momento, que no iba a salir viva de allí. Supe con total certeza, mientras huía de ti, qué era lo que sentían todas esas mujeres en sus últimos momentos. Hasta entonces eran meras noticias de gente que jamás iba a conocer, tragedias que les ocurrían a otras personas, en otros lugares del mundo. ¿Quién piensa que pasará por eso? Yo no. Uno ve el dolor de los demás como una película breve, lejana, que

sale en su televisor y que se va disolviendo con las horas, quizá con los minutos. Contemplas esas noticias con indignación desde la seguridad que te da tu hogar, tu familia, y piensas: «Eso no me va a pasar a mí». Pero pasa.

Allí no estaba mi hogar, no estaba mi familia, solo tú. Me hiciste mucho daño para tu única y exclusiva satisfacción. Lo vi en tus ojos antes de que me devorase la oscuridad. Lo sentí en tu forma de mirarme y en la sonrisa mordaz.

Tenía diecisiete años, una vida por delante, una familia que me amaba y todo un mundo de nuevas experiencias a mis pies. Pero tú eso ya lo sabías, ¿verdad?

Por eso me escogiste.

Por eso me destruiste.

[1]

1

La anciana atravesó el pequeño vestíbulo y abrió la puerta de la casa. Los mosquitos zumbaban haciendo círculos sobre la destartalada lámpara del porche. Descendió uno a uno los tres peldaños mientras se aferraba a la barandilla para no caer. Llevaba el bastón bajo el brazo, la chaqueta de algodón apolillada sobre los hombros y la vista fija en el bosque.

Durante una fracción de segundo avistó de nuevo la sombra que se alzaba bajo uno de los árboles; la misma que había divisado desde su habitación minutos antes. La sombra se movió muy despacio. Y después la otra figura, la que estaba un poco más a la derecha. No podía ver sus caras con claridad. No hasta que se acercó un poco más, renqueando, y percibió su boca y la forma de mover muy rápido aquellos labios mortecinos, como si le estuviese murmurando algo demasiado deprisa que le impedía entender aquel torrente de frases. Primero una, después la otra. Los rostros ocultos por la negrura de la noche, las bocas parlantes repitiendo las palabras una y otra vez, rá-

vido, apresuradamente; todas a la vez. Sintió un miedo irracional cuando se situó un poco más cerca de ellas y se dio cuenta de que había más. Muchas más.

Trató de desterrar aquella profunda sensación de desamparo y temor. Las figuras apenas se movían, si no fuera por sus bocas. ¿Qué decían? No entendía nada. Algo pasó muy cerca de sus zapatillas correteando ágilmente y dio un paso atrás. Desvió la vista hacia el sonido. Cuando volvió a mirar hacia los árboles, el corazón le dio un vuelco del susto. Una de las figuras estaba muy cerca de ella y la miraba con unos ojos de rata, rasgados y maliciosos, con una boca locuaz y sonriente que no dejaba de moverse. Las demás se habían dado la vuelta y miraban a los árboles.

«¿Qué?».

No fue capaz de decir una sola palabra más. Era como si la garganta se le hubiese cerrado repentinamente. Una serie de susurros cada vez más altos se le metieron en los tímpanos y le hicieron daño. «Agua. Me estoy ahogando». Se llevó la mano libre hacia la boca. Sintió que el aire dejaba de entrarle en los pulmones y que algo frío y dulce al mismo tiempo le inundaba las fosas nasales. Sentía que se iba a asfixiar. Los labios de la figura cada vez se movían a un ritmo más frenético. La anciana se aferró a su bastón y trataba de respirar. Mientras su angustia crecía, la figura elevó los brazos nervudos bajo una tela correosa y ajada que parecía una especie de sayo y los mantuvo en alto, por encima de los hombros.

La anciana se desplomó de rodillas y exclamó: «Ya vienen... Ya están aquí».

Una mosca sobrevoló el angosto desfiladero de la Garganta Divina; dejó a su izquierda el río y cruzó el canal. Con una pequeña elevación quedó atrás el valle y se alzó zigzagueando por encima de los riscos y el pequeño puente de Bolín. Bastó un movimiento de sus diminutos músculos para ejecutar una pirueta grácil. Los circuitos neuronales activaron su olfato. Olfateó la suave brisa, planeó sobre matorrales, hayedos, el denso bosque. Las aguas cristalinas del río, allá abajo, reflejaban los incansables rayos de sol, que se movían raudos entre las rocas y la vegetación. Percibió su comida, que flotaba corriente abajo. Descendió y se acomodó voraz, frotando las patitas delanteras para expulsar la suciedad del largo viaje. Olía a flores. Ellas rodeaban el cadáver a modo de lecho. Lo acompañaban flotando, decorándolo con respeto y devoción.

La mosca se movió por encima de la tela rasposa y paseó por el cabello enredado entre amapolas y margaritas. Toqueteó las mejillas pálidas. Los ojos, extremadamente abiertos, eran todo un manjar para ella. Escupió un poco de saliva y se arrellanó. Por fin había dejado de llover. El cielo, eternamente encapotado, había dado paso a los primeros rayos de sol a pesar del frío de las últimas horas; a pesar de las constantes ráfagas de viento que a veces se alzaban, crueles, en su trayectoria. Pero ahora estaba ahí, hambrienta, casi famélica. Los pequeños pelitos que recubrían todo su cuerpo le hicieron sentir la muerte y la putrefacción en todo su esplendor. Saboreó una vez más

con sus dóciles patas el líquido viscoso y comió golosa hasta la extenuación.

Algo chapoteó muy cerca de ella. El cabello mojado del cadáver brillaba con fuerza bajo la luz. Unas gotas de agua dulce salpicaron a la mosca; estas se acumularon entre los pliegues de la tela formando pequeños pozos. La mosca se asustó al oír aquella voz que provenía de la orilla. Visualizó en milésimas de segundo todo el perímetro y detectó la silueta apostada unos metros más allá; contempló con espanto su descenso río abajo y voló y voló..., rumbo a otro lugar, a otra comida, a otro paisaje boscoso. Quizá a otro cadáver, el de un animal como un ratón, una rata o una mierda de caballo —que era algo que por allí abundaba—. Todavía podía saborear su reciente manjar. Jamás había probado algo tan extraordinario, algo tan vivo y, a la vez, tan muerto. Quizá debiera quedarse por allí y esperar otro de esos placeres que la madre naturaleza le cedería, porque a veces podía ser menos cruel y entregaba a sus pequeños seres desposeídos de todo lujo un regalo como aquel.

Avanzó rauda por encima de las copas de los árboles. Pasó muy cerca del rostro tostado del chico, que se había inclinado sobre su exquisita comida, y se situó sobre una hoja.

«Santo Dios... ¡Por todos los santos!».

Aquel tipo no hacía más que mover los brazos como si pretendiera echar a volar. Cogió un palo que descansaba muy cerca de él, apoyó su extremo sobre el cuerpo que flotaba y lo arrastró, a base de movimientos torpes, a la orilla. La mosca detectó el tembleque de sus manos y

la forma torpe de moverse mientras trataba de sacar el tierno cuerpo del abrazo amargo de las aguas.

—Sí. ¿Me oye? Soy Leo, el pastor. Señor, he encontrado un cuerpo en el río. Tiene que venir aquí. Tiene que venir ya, ¿entiende lo que le digo? ¿Qué? —Silencio—. ¡Pues claro que estoy seguro de que está muerta! ¡Le estoy diciendo que la he sacado del río! ¡Es una mujer! ¡Una mujer joven! —El hombre se movió nervioso. Miró el cadáver, que estaba delante de él, y se apartó varios pasos hacia atrás—. Bajo el puente de Bolín. Muy cerca del puente, señor. ¡Claro que no he tocado nada! ¡He empujado el cuerpo con un maldito palo! —Silencio—. Estoy tranquilo. ¡He dicho que estoy tranquilo, joder!

Una mierda de pájaro impactó repentinamente muy cerca de la mosca y esta salió volando hacia el desfiladero, por encima del puente, más allá del encajonado valle y los verdes bosques. La mosca iba pensando en su próximo destino, en su siguiente comida, en las ráfagas de viento y en la posible lluvia. Por eso no lo vio venir. Un enorme pájaro pardo se lanzó en su trayectoria y se comió a la mosca. «Vaya...», pensó esta segundos antes.

Era lo que tenía la madre naturaleza. A veces era cruel... y despiadada.

3

Ivette estaba asomada a la ventana de la segunda planta. Trataba de encender uno de sus largos cigarrillos mientras

protegía la diminuta llama con la mano. Una ráfaga de aire provocó que uno de los mechones del pelo negro se revolviera jugueteón por delante de la cara. Soltó un par de improperios cuando estuvo a punto de prenderse fuego a toda aquella melena desparramada. Luego, miró de soslayo y se irguió con dignidad colocándose la blusa.

—¡Malditos pájaros! —gruñó observando a uno de ellos descender en picado mientras una enorme cagada se estrellaba justo a su lado.

Es lo que tenía ese tiempo; los turistas volvían a hacer sus rutas y la gente salía como lagartijas a ponerse bajo el sol, pero uno corría el peligro de morir enterrado en toda aquella porquería.

—Esto es el campo —murmuró una suave voz detrás de ella.

En realidad, Ivette amaba el campo casi tanto como lo odiaba. A veces deseaba volver a su ciudad natal, caminar por las calles de un París bullicioso, gastarse todo su dinero en las tiendas más bonitas y luego beber y comer hasta desvanecerse. Pero al final había optado por aquel lugar y no otro. La Posada de Caín era una hermosa casa de indianos restaurada. Ella había logrado devolverla a la vida y hacer negocio de ello, como era habitual en Ivette.

—Esta noche he dormido como un tronco hasta que empezó todo ese ruido. Había un perro ladrando sin parar.

—Yo no he oído nada.

—¿Crees que hago bien las cosas, Álex? —preguntó dándose la vuelta con un gesto de suficiencia.

—Creo que haces las cosas lo mejor que sabes y que se te da bien —respondió él incorporándose.

—Acostarme con un hombre quince años más joven que yo no es precisamente hacer las cosas bien.

Lo observó sonreír con pereza. No era la primera vez que le recordaba la diferencia de edad, aunque a Álex no parecía importarle lo más mínimo ni eso ni el qué dirán.

—¿Desde cuándo sigues las normas, Ivette? Vamos... Otra cosa es que a ti te obsesione. Ven —murmuró alargando el brazo hacia ella—. Acógeme en tus brazos... Es muy temprano para hablar de estas tonterías.

Ivette rezongó. Lanzó el cigarrillo a una papelera tras apagarlo en el cenicero y se recostó junto a Álex.

—Algún día buscarás a una mujer más joven y hermosa. Formarás una familia y te olvidarás de la vieja Ivette.

—Eres demasiado bella e inteligente para que eso pase.

—Lo dices porque estás enamorado.

—Perdidamente.

De inmediato, la besó.

4

Un ave pasó por encima de varios tejadillos. Sus largas y puntiagudas alas de color parduzco y rojizo se agitaron y planearon por encima de algunas cabezas. Detectó el movimiento de un roedor a su derecha y desvió su vuelo. Su cola en forma de abanico casi rozó una rama cuando se situó sobre un poste de la luz. Un todoterreno levantó una nube de polvo que se elevó formando un torbellino. Un tipo gordo bastante nervioso y con un tremendo cerco de sudor en la espalda se movía nervio-

so de un lado a otro mientras hablaba por teléfono con alguien. Se detuvo frente a la puerta de un edificio y resolló. En ocasiones, el calor podía ser un enemigo que batir en aquella época del año. El alcalde Elvera lo sabía. Era lo que tenía pesar más de cien kilos cuando llegaba el verano. Los muslos le rozaban sin piedad, sudaba bajo la tela de las camisas por muy veraniegas y finas que se las pusiera y el corazón se disparaba a velocidades que bien podían predecir un posible ataque, si no se moría antes de una apoplejía.

—¿Estás totalmente seguro de lo que me estás diciendo? ¿La has tocado? Sí... ¡No te estoy diciendo que dude de ti! ¡Solo intento que no la caguemos!

El alcalde finalizó la llamada, subió los tres peldaños que daban a la puerta principal del ayuntamiento, se detuvo y apoyó las manos en la puerta de madera, adoptando una postura encorvada. Estaba a punto de entrar cuando una voz femenina y cascada le hizo girarse.

—¡Le advertí de que algo iba a pasar! —graznó una anciana que se sujetaba a un bastón—. Se lo dije, alcalde. Le avisé de que las había visto vagando por el bosque. Eso nunca trae nada bueno. ¡Nada bueno!

—Váyase a casa, Aurora. No es momento de fábulas.

—¿Quién es?

El hombre se volvió un poco más hacia la mujer y se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa. La anciana enlutada lo miraba a través de sus pronunciadas cataratas mientras una de sus manos huesudas y temblorosas le apuntaba con el dedo índice en alto.

—Vuelva a casa, por favor.

—La culpa será suya, señor alcalde. Le advertí y no me hizo caso.

La anciana miró hacia arriba, hacia el poste. Contempló al pájaro y el pájaro la miró a ella con suma atención. Sacudió su bastón hacia el ave, que tomó rumbo a otro lugar, y se alejó arrastrando sus abotinados pies. En tanto, el alcalde se preguntaba cómo era posible que una mujer de su edad soportara aquellas terribles temperaturas bajo todas aquellas capas de tela negra que no hacían más que absorber el calor infernal. Volvió a la realidad, a la tragedia repentina que se les echaba encima. Entró en el edificio, cerró la puerta tras de sí y miró a su secretaria.

—Llama a la policía, Petra.

Se dirigió a su despacho sintiendo las gotas de sudor por la frente.

—¿Señor? ¿Qué ha pasado?

La secretaria se había puesto de pie delante de su escritorio y sujetaba el teléfono con los ojos muy abiertos y una expresión de no comprender absolutamente nada.

—Han encontrado a una mujer flotando en el río. En la Garganta Divina. Diles que yo ya estoy de camino y que me he ocupado de que no se contamine la escena. —Cogió una camisa limpia que siempre guardaba en el armario del despacho y las llaves de su coche. Pasó por delante de la mesa de la mujer, que aún seguía en aquella postura catatónica, y la miró—. Voy al aseo. Llama, Petra. ¡Llama!

El pájaro sobrevoló el centro del pueblo. Planeó por encima de la estación de tren, el edificio minúsculo de correos y la plaza del mercado. Una mosca gorda lo despistó durante unos segundos, pero decidió descender hacia la fuente y beber.

—Le avisé. Yo le avisé. Se lo dije. Estaban ahí, en el bosque. Mirando hacia los árboles. Los troncos de los árboles. De pie. Siempre pasa lo mismo. Presagios funestos. Presagios funestos. Estaban allí.

—Buenos días, Aurora. —Luis acababa de salir de una de las cafeterías del pueblo y miraba a la mujer susurrante. Llevaba el periódico bajo el brazo y la maleta colgando del hombro derecho—. Has madrugado.

La anciana ni siquiera lo miró. Se alejó renqueando y desapareció tras una esquina mientras un pájaro parduzco emprendía el vuelo por encima de su cabeza.

—Cada vez está más loca —dijo a su lado una voz que acababa de salir del mismo local—. Vamos, son casi las ocho. Nuestras futuras pensiones dependen de todos esos alumnos ansiosos y de que lleguemos a clase.

—No creo que «ansiosos» sea la palabra correcta, Ada. —Besó a su esposa en la mejilla y se encaminaron hacia el coche—. Quedan solo unos días de trabajo y todavía no me has dicho dónde quieres irte de vacaciones.

Ada lo miró de reojo y sonrió con picardía.

—Me conformo con que sea un sitio donde no haya adolescentes y tengamos tiempo... para nosotros.

Luis abrió la puerta del coche y se acomodó en el asiento del conductor.

—Siempre tenemos tiempo para nosotros —le dijo a su mujer.

—Últimamente yo tengo tiempo para nosotros. Tú estás demasiado ocupado con tus alumnos y sus exámenes finales.

Luis dejó la maleta en el asiento de atrás y soltó una risa lenta.

—¿Estás celosa de mis muchachos? Yo también podría estarlo de los tuyos.

Ella lo empujó.

—La diferencia es que los míos tienen nueve años y los tuyos diecisiete. Y sí, estoy celosa de todo el tiempo que les dedicas, pero también orgullosa de ti.

Un Honda Civic pasó zumbando por una de las calles perpendiculares a ellos. Derrapó hacia la derecha y lanzó una piedra contra la pared del edificio de correos.

—¿Dónde coño va el alcalde con tanta prisa?

Ada se ataba una cola alta y su marido observaba el coche descender por la calle principal.

—No tengo ni la más remota idea, pero parece que es urgente.

Encendió la radio y se puso en marcha.

6

—Buenos días, amado norte. Valle de Caín. Os habla Mauro Torres desde el observatorio de La Trinidad. 80.7.

Gracias. Gracias y más gracias a todos por esta noche de San Juan. Habéis logrado no prender fuego a ninguno de nuestros bosques con vuestras hogueras. La reserva natural de la Garganta Divina no ha sufrido ningún incidente desafortunado y eso significa que hoy... somos mejores personas que ayer. Un poquito de música para comenzar un lunes soleado con un chute de energía. The Rolling Stones... *Paint it black.*

I see a red door and I want it painted black. No colors anymore I want them to turn black. I see the girls walk by dressed in their summer clothes. I have to turn my head. Until my darkness goes...

7

A ambos lados de la puerta del baño había unos diminutos apliques encendidos. Ivette distinguió desde la cama la figura esbelta de Álex afeitándose. Su suave y joven piel sobre un cuerpo estilizado. No demasiado ancho, sino como un bailarín de *ballet* clásico, pero con unos brazos largos y fuertes de hombre. La primera vez que Ivette había visto a Álex fue cuando él apenas había cumplido los veintiún años. Había oído a su madre mencionar algo sobre su hijo en el restaurante La Posada durante el transcurso de una comida con unas amigas y luego lo vio llegar. De hecho, durante un tiempo, Ivette lo encontró a menudo por allí. Aquella mujer era algo especial; pese a su expresión amable, a veces parecía dispersa, absorta en sus pensamientos, ajena a la cháchara de sus

amigas. Se habían mudado hacía relativamente poco. El padre había muerto. Algo que ver con una riada. «Un trágico accidente», había pensado Ivette con la oreja puesta en la mesa de al lado, observando al chico mientras este la miraba a ella con un libro entre las manos. Los rizos por la frente, una mirada risueña plagada de intenciones, su sonrisa velada entre los rostros ajados de sus acompañantes. Se negó a reconocer que *notaba cosas* cuando el chico la contemplaba. Y durante muchos meses siguió cruzándose con él, ya fuera en el restaurante y rodeado de mujeres, pero absorto en sus pensamientos, en sus libros y en ella. Luego, en la librería del pueblo, una tarde de abril cuando Ivette bajó a comprar todas las revistas de actualidad y alguna novela para matar el rato. Álex estaba de pie delante de una de las estanterías de literatura inglesa. Le preguntó, cuando pasó por detrás de él, si le interesaba Byron. Él se giró sorprendido y sonrió; le respondió que sí. Ella le preguntó qué estaba estudiando y Álex le contestó con cierto pudor que segundo de Periodismo, pero que lo hacía a distancia, durante un tiempo, por acompañar a su madre. Su padre había muerto hacía muy poco y no quería dejarla sola.

—Pareces un chico muy inteligente —le contestó ella mirando el libro que tenía entre las manos.

Luego le dio una pequeña tarjeta, que él cogió con delicadeza con unos largos dedos de pianista. Ella se quedó mirando el dorso de sus manos y la piel dorada de sus nudillos.

—Si alguna vez quieres hablar de libros, llámame. O puedes pasar a verme por la posada. Tomaremos un café.